

Si fuera posible resucitar a los muertos de Casas Viejas, y, como niños grandes que eran, llevarles a una escuela para que aprendiesen a leer y escribir; si, después, fuera posible hacerles ir pasando por las lentas y penosas etapas que determinan en el adolescente la formación espiritual del individuo, primero, y luego, la aparición del espíritu de clase; si fuera posible que volviesen a encontrarse otra vez en colisión con el Estado, los retacos en la mano, frente a frente con la Guardia Civil, y cupiera imaginar que, conscientemente ya, sabiendo lo que querían, se hiciesen matar, ¡qué pavorosa desolación la de esas pobres almas en pena de ciudadanía al advertir que se habían hecho inmolar estúpidamente!

Esto es lo que más nos acongoja de esta tragedia de Casas Viejas. La inocencia paradisíaca de unas almas sacrificadas por la estupidez. El hecho es tan monstruoso, que él solo basta para conmover los fundamentos de las más caras convicciones democráticas. ¿Vale el respeto a las normas de la democracia la pena de tolerar con los brazos cruzados que unos irresponsables que escriben artículos o pronuncian discursos incoherentes, en los que ni siquiera aciertan a expresar lo que quieren, arrastren a la muerte a unos hombres que acaso fuesen los mejores de entre todos nosotros, los más sanos, los más puros, los únicos que han sabido poner sus convicciones por encima de sus vidas?

Hay, o debe haber, un Limbo para los héroes que se equivocaron, para el sacrificio estéril, para la heroicidad inútil y estúpida. ¡Descansen en él las pobres almas en pena de los héroes inútiles de Casas Viejas! Pero no contribuyamos a poblar ese Limbo terrible con los mejores hombres de España. Salgamos al paso de esa propaganda criminal del anarcosindicalismo, si no con procedimientos dictatoriales de Gobierno, con la fuerza democrática de nuestra propaganda. Responsables de la muerte de los de Casas Viejas lo son tanto como los propagandistas del anarcosindicalismo los que no tienen alma bastante ni convicciones lo suficientemente firmes para alzar frente a ellos la voz de su razón. Esto lo hemos de hacer nosotros, todos; no el Gobierno. El Gobierno, el Estado, surgida la colisión, no puede hacer

otra cosa que imponer con la boca de sus fusiles el cumplimiento de la ley que el pueblo a sí mismo se ha dado.

Esto será siempre igual, en el Estado monárquico que en el republicano, el socialista o el comunista.

*Ahora, 20-I-1933*